GLORIAS

DE LA VÍRGEN MARÍA

Ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes. (Luc. cap. I, v. 48.)

Desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

Cuando la Vírgen María era recibida en los cielos con alegres cánticos, voces de bendicion y alabanza comenzaron á resonar en la tierra. El sepulcro de María fué el primer altar levantado á la Reina de los cielos; la lámpara de los muertos, encendida en su honor, sirvió de principio y foco á las luminarias de Efeso, y al esplendido culto que en todas par-

tes se le consagra; y sobre las notas de aquellos cantares con que los Angeles arrebataron á los cielos á la Madre de Dios, es preciso que los cristianos de Jerusalem preludiaran el tema de esos himnos, en que se reconocen facilmente los carácteres de una belleza primitiva.

La Profecía de la Vírgen Santísima empezó á cumplirse desde el dia de su gloriosa muerte: nó necesito deciros si hoy se cumple á la letra. El mundo responde ensordeciéndonos con sus clamores, y repitiendo con ferviente entusiasmo las alabanzas de todos los siglos. *Desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones.*

Hay palabras que nadie puede decir, que nadie ha dicho sino Jesús y su Santísima Madre. « ¿Quién de vosotros me argüirá de pecado? » dijo Jesús en cierta ocasion. Jamás habló nadie de esta manera. Ni los falsos profetas, ni los impostores, se atrevieron á tanto. No parecen humildes, sino arrogantes, estas palabras de la Vírgen: *me llamarán bienaventurada todas las generaciones*: como quiera que para decirlas, se supone que con una ojeada se ha visto el porvenir, se han con-

tado las generaciones, se han atravesado los siglos, y se ha descubierto, desde el nacimiento hasta la puesta del sol, en la larga sucesion de todas las edades. No hablaron con tanto imperio las mujeres mas extraordinarias, ni tuvieron tales arranques aunque vistieran la purpura y diadema, y estuvieran á la cabeza de reinos dilatados, y mandáran las naciones mas poderosas. Para hablar así es necesario tener mucha seguridad en que todos los corazones serían atraidos á su culto, y en que todos los hombres acudirían delante de su trono con el tributo de sus talentos, con su inspiracion, con las obras de sus manos, los productos de su ingenio, los cantares de la poesía, los acentos de su elocuencia, las flores mas bellas y toda la gala de los campos. Pero estas palabras de la Vírgen, á pesar de toda su fuerza, nó indican ni arrogancia ni humildad: son palabras que ninguna mujer ha dicho ni puede decir, por brillante que fuera su papel en la escena del mundo: son palabras dictadas por el Espíritu de Dios, porque solo Dios pudiera conocer tan claramente la fuerza, extension y duracion del culto que se tributa á la Reina de los cielos, y solo un Dios pu-

diera asegurar á tan singular criatura, ese eterno imperio que soberanamente ejerce sobre nuestros inconstantes corazones.

Pero ¿quién puede contar las glorias de María? La Iglesia en toda la extension del Universo repite sus alabanzas, celebra todos los misterios que á la Vírgen se refieren. El año eclesiástico está como sembrado de festividades: muchas Iglesias le están especialmente consagradas; reinos y provincias están bajo su proteccion; muchos aniversarios son verdaderas fiestas nacionales. La invocamos tres veces al dia; los cristianos la saludan al despertarse como á la hora del sueño, y la invocan con viva fé en todos los peligros. Hasta fuera de la Iglesia se la tiene en mucho respeto, y todo el mundo está lleno de su memoria. Los espíritus mas soberbios se le han rendido; los hombres de genio la han alabado; no hay arte ni ciencia que no haya contribuido á su gloria; estatuas, templos, altares, cuadros, monumentos, devociones, corporaciones sabias, órdenes religiosas y militares, libros escritos por elegantes plumas, ricas piezas oratorias que brotaron de los labios mas elocuentes, los mas brillantes poemas en que la

inspiracion y la devocion abundan, como saliendo de riquísimos veneros, las voces mas puras, las armonías mas celestiales, todo junto forma un imponente *acorde* de magníficas y esplendidas alabanzas, eco majestuoso que se extiende y se prolonga por toda la serie de los siglos, y por todos los ámbitos de la tierra.

He trazado, sin saber cómo, el bosquejo de mi discurso. Creed que lo dejaré muy imperfecto. Ni un libro sería bastante para decirlo todo, pero procuraré decir en elogio de la Santísima Vírgen algunas de las cosas mas interesantes, si Dios me ayuda con los auxilios de su divina gracia. *Ave María.*

Nosotros, que sin mérito de nuestra parte somos llamados á esta cátedra de verdad á desempeñar el ministerio de la divina palabra, percibimos el constante clamoreo con que los predicadores del Evangelio han proclamado las glorias de la Madre de Dios, y nos vemos arrastrados por el soberbio poderio de tantas voces elocuentes. Parece que nó han muerto los Padres de la Iglesia, ni los Soberanos Pontífices que honraron á la Vírgen, ni sus mas ardientes y celosos panegiristas, ni los escritores y oradores eclesiásticos. A cada momento se les cita; copiamos sus palabras; repetimos sus testimonios; llenamos sus libros de acotaciones, y hablamos con su estilo y lenguaje. No podemos cantar las glorias de María, sin que ellos participen de sus alabanzas. De estos puede decirse lo que Bossuet dice de Cesar y

de Alejandro; que teniendo que figurar en las alabanzas de los Príncipes, parecen *arrastrados por una fatalidad gloriosa*. Viven, sí, Señores, los Pontífices y Padres de la Iglesia que alabaron de tal modo á la Santísima Vírgen. Las bibliotecas hablan, y nosotros los resucitamos.

¿Hemos podido acaso pasar en silencio las autoridades de San Atanasio, San Efren, San Cirilo de Alejandría, Orígenes, San Juan Crisóstomo, San Basilio, San Juan Damasceno, San Andrés de Creta, San Gerónimo, San Agustin, San Pedro Crisólogo, San Lorenzo Justiniano y San Bernardo? ¿Podriamos dejar de citar ahora al elocuente Severiano, á Tomás de Kempis y á S. Alfonso Ligorio? Se trata de dar alabanza á la Santísima Vírgen, y á este propósito exclamaba San Gregorio de Neocesarea: «¿Con qué alabanzas tan maravillosas alabaríamos dignamente su belleza sin tacha? ¿Con qué himnos espirituales glorificaríamos á la que es grande entre los Angeles. (1)?»

Fatigados y rendidos se encuentran los hombres de mas facundia, para cantar las glorias de

(1) Serm. I.

María; pero entonces es cuando parece que hablan inspirados. El entusiasmo se apodera de ellos, hablan diciendo que nó pueden hablar, y el resultado es que á semejanza de los bellos arranques de San Gregorio, son las paráfrasis de San Epifanio, de San Basilio y de otros Prelados no menos ilustres. Desde Santiago el Menor y San Dionisio Areopagita, empiezan en la liturgia, en las cartas y sermones, esas alabanzas que continuáron San Ignacio, San Justino y S. Irenéo, en el primero y segundo siglo, Tertuliano y otros en el tercero, siguiendo la cadena que vinimos á comenzar por algunos sabios expositores y panegiristas de posterior fecha. El siglo IV es con razon llamado el siglo de oro de la Iglesia; y tomando á su cargo San Ambrosio el agrupar en pocas palabras las alabanzas y glorias de la Vírgen, dice así: «¡Oh, hija de David y de Abraham!..... El Angel os saluda diciendo: *Salud, llena de gracia; el Señor es contigo.* Todas las generaciones os llamarán bienaventurada, y las celestes gerarquías de los Angeles levantan hacia vos sus manos, de acuerdo con las gerarquías que hay sobre la tierra... Los Tronos, querubines y serafines... os celebran

diciendo: *Sois bendita entre las mujeres, benditos son vuestros pechos que han alimentado á un divino niño.* La gerarquía de las Dominaciones, de las Virtudes y Potesdades os mira, y advertida por una gerarquía mas sublime, exclama: *Sois bendita entre las mujeres, y benditas vuestras entrañas que han encerrado á un Dios...* La gerarquía de los Principados, de los Angeles y Arcangeles... no cesa de decir: *Salud, llena de gracia; el Señor es contigo.*

«Instruidos por los ciudadanos de los cielos, añade San Ambrosio, nosotros, que somos de la gerarquía terrestre... decimos en alta voz: *Salud, llena de gracia; el Señor es contigo.*

Una elocuencia tan alta, de una ornamentacion tan rica, es señal del entusiasmo y tierna devocion á la Vírgen, que habia cundido en los primeros siglos. Ahí están sino para demostrarlo diez discursos de San Gerónimo, y una de sus cartas tan famosas en que hace un excelente paralelo entre Eva y María. Ya que en otro lugar hemos hablado del entusiasmo con que los cristianos saludaron en Efeso á la Santísima Vírgen con el título de Madre de Dios, y ensalzado como debiamos la

immortal fama de aquel Concilio, celebrado para condenar la heregia de Nestorio, no podemos pasar en silencio el nombre de San Cirilo, Obispo de Alejandría, cuya voz fué quizas mas poderosa que la de tantos ilustres Padres allí congregados. *Casta paloma, lámpara inestinguible, sol de justicia, templo santo, vasa sin mancha*, tales son las invocaciones con que saluda á la Vírgen, en una de las harengas mas apasionadas que se han pronunciado. La excitation que produjo en la cristiandad la heregia de Nestorio, se trasluce en las homilias de aquel tiempo. Desde entonces se pudo conocer que todo lo que se hiciera para alterar las creencias del pueblo cristiano, nó serviría para desfigurarlas ó alterarlas, sino para encenderlas mas. Todos quisieran añadir algo á los elogios; y nó pudiendo, se contentan con repetirlos; pero repitiéndolos, parece que añaden. Perplejo se encontraba San Basilio de Seleucia, buscando voces bastante expresivas para cantar himnos dignos de María, y flores bastante bellas para tejer su corona de alabanzas; pero mientras buscaba tesoros, otros los recogían de sus lábios y de su pluma. Nó importa que la elocuencia sagrada decaiga en los

siglos medios hasta un extremo verdaderamente deplorable; para cantar las glorias de María, no faltarán voces elocuentes. San Fulgencio, Crysipo, San Gregorio el Grande y San Ildefonso la honrarán por todos. Escribieron libros morales y tratados, y sostuvieron el honor de la Cátedra, en cuyo triunfo cupo á la España, á la nacion católica y devotísima de la Vírgen, la mejor parte. La elocuencia del ilustre y santo Arzobispo de Toledo encendió la fé, y removió hasta las piedras. Su fama se extendió de tal manera, que cuando nació San Juan Damasceno, es decir, en los dias en que murió San Ildefonso, se le creyó heredero de la piedad y elocuencia de este gran Santo. Nació el uno para continuar aquellas alabanzas á la Vírgen que dejó interrumpidas el ilustre Arzobispo de Toledo. Su espíritu pasó á la Siria, á dar el aliento á otro panegirista de la Madre de Dios. Milagros se necesitaban para atravesar una época estéril, y milagros hubo. Por prodigios se pueden tener las apariciones de hombres tan ilustres como San German, de quien tenemos oraciones muy devotas á la Santísima Vírgen: del venerable Beda, autor de tantas homilias, y del monje Alcuino, nó

menos célebre en la historia de la restauracion de las letras en que ayudó á Carlo Magno, que por algunos escritos encaminados á defender la Virginidad y Maternidad de María.

Las tinieblas se disipan, y amanece un nuevo dia. El vigor de San Pedro Damiano parece como el primer sacudimiento de la naturaleza que resucita. No se puede saludar á la aurora sin saludar á la Vírgen, porque los cristianos han visto siempre entre la una y la otra una pasmosa semejanza. San Anselmo de Cantorbery, escribiendo un libro sobre la Concepcion, levanta un monumento á la Vírgen; y para que San Bernardo hablára con tanta dulzura de la Madre de Dios, ha supuesto la piedad, que una noche, mientras que oraba, la Santísima Vírgen puso en sus labios algunas gotas de nó se qué licor, que pareció ser su leche virginal. Distinguiose San Francisco de Asís por el fuego de su ardiente devocion á la Vírgen, como San Bernardo por su dulzura. Lo que en el uno es miel purísima, en el otro es abrasadora llama: los dos parecen serafines; sus amores son transportes; y todavía nos inflaman sus alabanzas, llenas de un entusiasmo que nó se acaba ni se disminuye.

Dejo pasar las apariciones de la Vírgen; nó cito fracmentos de himnos que aunque hoy poco conocidos, fueron populares un dia; y me veo precisado, Señores, á citaros solamente les nombres de Inocencio III, Alberto el Grande, Santo Tomás, Escoto y San Buenaventura, sin hacer mencion de los libros, glosas, paráfrasis, Salterios y tratados que consagraron á la *Madre del Amor hermoso y de la santa esperanza*. ¡Cómo os asombraríais si os explicára las graves dificultades que opuso á la elocuencia el escolasticismo, que por entonces reinaba en las escuelas, del cual estaban contajiados hasta las oradores mas elocuentes! Por esta razon es mas de admirar la suavitad y dulzura de San Bernardino de Sena, del Canciller Gerson en sus sermones sobre los misterios de la Vírgen y en sus tratados sobre el cántico del *Magnificat*, y de San Lorenzo Justiniano á quien cito tan á menudo, porque la inspiracion, el entusiasmo y la gala en el decir abundan en sus sermones á la Vírgen, y en sus escritos ascéticos. No por esto dejaron de pagar su tributo al siglo; nó se libertaron enteramente del escolasticismo; solo cuando hablaban de la Vírgen, parecian escaparse á la fatal

influencia que pesaba sobre los espíritus mas distinguidos de aquel tiempo.

Entrar hablando de los innumerables panegiristas de la Vírgen que posteriormente descollaron, ensayando un nuevo género de elocuencia, y enriqueciendo la oratoria sagrada, es imposible.

Distinguiose la Nacion Española, y el ejemplo de sus predicadores preparó la saludable revolucion que se hizo en Francia y en otras partes. (1). Fray Luis de Grenada, el Venerable Avila, San Juan de la Cruz, Fray Luis de Leon y otros muchos quedaron como en éxtasis cantando las glorias de María. Esto es decir poco pero, yo no puedo decir todo lo que he visto; se olvidan los nombres mas conocidos, y en España, los cantores de María se encuentran á bandadas, confundiéndose sus melodias, como el canto de muchos ruiseñores en una frondosa selva. ¡Qué alabanzas! ¡Qué entusiasmo! Todos los templos están llenos de fieles; todas las cátedras están ocupadas; sudan todas las prensas; y para que se vea que la materia es inagotable, despues de

(1) En nuestro *Estudio sobre la Elocuencia Sagrada* lo hemos demostrado. Véase el Capítulo XII.

tantos tratados y sermonarios, aparece Fray Juan de Cartagena componiendo nada menos que ciento quince homilias sobre las excelencias de la Vírgen, Madre de Dios.

¿Cómo hablaros de San Francisco de Sales, de Flechier, Bossuet, Fenelon, Bourdaloue, Massillon, Mascaron y tantos otros? ¿Cómo citar sus sermonarios, sus cartas espirituales, sus libros, sus letanías consagradas á la Madre de Dios? Nada diré, pues que todo el mundo los conoce, ni de la gran muchedumbre de predicadores italianos, rivales de los españoles en el fervor y calorosa devocion con que han cantado en todo tiempo las glorias de la Vírgen. *Me llamarán bienaventurada todas las generaciones.* ?Qué se dice á esto? Nada. La profecía de la Vírgen se ha cumplido hasta hoy, y ya veis cuánto se estiende la devocion en nuestros dias. Es preciso rendirse á la evidencia.

Pero la inspiracion no podía contenerse en las exposiciones, panegiricos y tratados que debemos á los Padres de la Iglesia. Los Salterios preparan los himnos, y las oraciones mas fervorosas, los extasis de amor, los misticos arranques de una devocion mas acendrada, no

cabiendo en la prosa, se precipitaron en el ritmo, dando á la poesía una nueva forma, una elevacion superior, una belleza ideal, nuevo género que dió el ser á muchos espíritus, que sin duda bajaron de los cielos, habiendo recibido como una mision divina.

No fué arbitraria ni caprichosa esta nueva forma que tomaron los elogios de la Vírgen, porque sus antecedentes están en los Salmos de David y en los *Libros sapienciales* de Salomon. ¿Nó será bastante poético el Salterio? ¿Qué idilio será mas bello que el *Cantar de Cantares?*

Poético es San Basilio, admirador de la poesía sagrada, y aun de la poesía clásica de la gentilidad. Tres poemas escribió San Gregorio Nacianceno, y compuso un brillante himno á la Vírgen, que forma parte de su tragedia, cuyo asunto es la Pasion de Jesús. La Iglesia ha tomado algunos versos de Sedulio, y con ellos saluda á la Vírgen, en el Introito de la Misa. Muchos monjes han pulsado la lira en honor de la Vírgen: la soledad del claustro y el retiro del mundo son apropósito para levantar el alma y encender vivamente los afectos religiosos. De esas mansiones apartadas sa-

lieron voces dolorosas como quejidos, dulces lamentaciones y cánticos de esperanza, y estas melodías son los himnos que canta la Iglesia á la Santísima Vírgen. San Anselmo, San Bernardo y el mismo Inocencio III, y Alejandro VII, son sublímes en este género de composiciones. La lengua castellana empezó dando alabanzas á la Vírgen por boca de nuestros primeros poetas; y como el ritmo trae el canto, esta alianza de la poesía y de la música excitó sobremanera el genio de los pueblos cristianos, dando á la devocion de la Vírgen una popularidad siempre creciente. Los cantos terribles de la guerra fueron sustituidos por los dulces cantares de María: el sonido estridente y desapacible de las voces mas tumultuosas, fué perdiendo la dureza de sus agrestes entonaciones, hasta convertisse en dulces baladas para cantar los milagros de María (1), como entre nosostros los cantó Berceo (2). Nada diré de nuestro poeta lírico Fray Luis de Leon, admirado por todos, ni de Walter,

(1) Los bardos fueron atraidos por la poesía religiosa de los monjes. Ossian fué discipulo de San Patricio. Ozanam, *la Civilisation chrétienne chez les Francs*, p. 479.

(2) *Estudio sobre la Elocuencia Sagrada*, Cap. XII.

cuyas sencillas composiciones á la Vírgen fueron populares en Alemania, ni de los tiernos *madrigales* que alcanzaron en Italia una popularidad asombrosa, ni es posible decir poco del Dante cuando apenas se le comprende por mas que se le estudia hace seis siglos. De sus invocaciones á la Vírgen se dice, que son la alabanza mas digna que ha salido de la boca de un hombre (1). Muchos siglos mas atrás nos dejamos al español Prudencio, cuyos himnos tal vez sobrepujan á los de Santeul, á quien admira justamente la Francia.

Si por un lado los Padres de la Iglesia, los escritores eclesiásticos, los Pontífices y predicadores, los hombres de genio encontraban las flores de la elocuencia y la poesía que buscaba San Basilio de Seleucia para tejer la corona de alabanzas á la Vírgen, por otro se levantaban capillas y oratorios, estatuas y Catedrales, verdaderos poemas que han inmortalizado el culto de la Madre de Dios. Desde el momento en que se reveló al mundo la verdadera idea de la Divinad, estremecióse con horror volviéndose contra los Dioses y Diosas del Paganismo, cuyo execrable culto

(1) Ozanam, *Dante et la Philosophie catholique.*

había materializado al hombre, y corrompido las costumbres de todos los pueblos de la tierra. Era preciso desterrar supersticiones, representar la idea cristiana con monumentos tan dignos y elevados como ella, purificar los lugares consagrados á los Dioses con un culto abominable, y levantar templos á la Vírgen, modelo de aquella pureza que entrañaba la nueva Religion, y que debía ser como el alma de las nuevas generaciones, del mundo todo, redimido con la sangre de Jesús. Edesa, Efeso, Tesalónica, Atenas, Antioquía, Alejandría, tuvieron desde el principio suntuosas basilicas consagradas á la Madre de Dios. Emplearonse en su construccion marmoles y jaspes, y las maderas mas preciosas. La historia dice cuán illustres fueron estas Iglesias del Oriente. Los Concilios celebrados, los santos y sabios que de allí salieron, las conquistas que hicieron en las escuelas mas florecientes del Paganismo, las bellezas de la arquitectura griega trasladadas con ventaja del arte á los templos cristianos, la Catedral levantada en Efeso, en honor de la Vírgen, mas hermosa que el templo de Diana, y ese fervor con que las muchedumbres se recogían debajo de sus bovedas

para cantar sus alabanzas, y oir y aplaudir á sus Obispos al rededor de las tribunas en que predicaban los Atanasios, los Cirilos y los Crisóstomos, todo esto dice mas en honor de la Vírgen María, que cuanto se pudiera soponer juzgando por conjeturas, que tampoco irían descaminadas.

En el Occidente se multiplicaron despues que cesaron las persecuciones. El culto encerrado en las catacumbas salió á la luz del dia. Los primeros templos de Roma fueron consagrados á la Vírgen. El celo de los Emperadores cristianos, que protegía en Occidente la construccion de suntuosas basilicas, levantaba otras en la famosa Bizancio, y en la Palestina, adornando las Iglesias de *Sta. María de Belem y Sta. María de Nazareth*, con escaleras de marmol y lámparas de plata y oro. En Jerusalem, sobre el Garicin, en las alturas del monte Carmelo, en Tiro, en Damasco, en la Persia, en el Egipto, se levantaron templos suntuosos á la Vírgen, que eclipsaban, segun es fama, las basilicas bizantinas de los Césares. Cedros, marmoles, jaspes, oro y plata se empleaban en su construccion. Atendida la magnitud de estas obras, es preciso suponer

una devocion prodigiosa, que es la que unicamente puede dar fuerzas y hallar recursos para superar tantos obstáculos como se ofrecerían Esta devocion, nacida de una fé ardentísima. levantó magníficas Iglesias en Alemania, Italia, Francia y España; pero pocas naciones pueden entrar en comparacion con la nuestra. El número y magnificencia de nuestros templos corresponde á la importancia que tuvimos en mejores dias, al caracter vigoroso que siempre tuvo entre nosotros el Catolicismo, y á los célebres escultores y arquitectos cuya memoria pasó á la posteridad con sus obras inmortales. Las Capillas dedicadas á la Vírgen en Toledo y Sevilla, el monasterio en que se venera á Nuestra Señora de Monserrat, y la Iglesia monumental de Zaragoza en que se venera á la Vírgen del Pilar, bastarían para hacer la gloria de una nacion, que fué siempre delante de todas en la riqueza y ostentacion del culto á la Santísima Vírgen (1). Mirad sino esas columnas atrevidas, esas bovedas, y todas las magnificencias de este templo, que admi-

(1) *Le culte de Marie en Espagne est, s'il est possible, plus grandiose encore qu'en Italie.* A. Madrolle, *Magnificences de Marie*, pag. 199.